

los guerreros montados. Huían ante sus cargas y eran destruídos á miles. Y sin embargo, estos países habían alcanzado cierto grado de civilización sin el uso del caballo. Cuando los españoles devastaban el país encontraron miles de casas bien construídas, con sus jardines. « Dudo, dice sir Arturo Helps, que hubiera un solo mejicano tan mal alojado como lo están millones de nuestros pobres compatriotas. » De ahí que se ofrezca á menudo esta pregunta : ¿ Hacemos realmente algún progreso en la civilización? ¿ Somos mejores de lo que fueron los griegos ó los romanos, ó los mejicanos, en las épocas de su mayor ilustración?

CAPÍTULO XIV

Humanidad para con los caballos.
Eduardo Fordham Flower.

Era el alma de la bondad, y todos los elogios que de él hacemos son como corrientes sacadas de una fuente, que continúa manando abundante, y deja aún mayor la parte que queda. — SHAKSPEARE¹.

Ora bien, quien bien ama, tanto el hombre como el ave y el cuadrúpedo : ora mejor quien mejor ama todos los seres, tanto grandes como pequeños : porque el Dios querido que nos ama, á todos hizo y á todos ama. — COLERIDGE².

La nobleza de la caballería llamada propiamente así, estriba en el reconocimiento del orden y temor de la vida inferior y superior... Nada hay quizá, más profundamente significativo en toda la Iliada, en toda la literatura, nada hay más perfecto en la ternura y veneración humana por los misterios de la vida inferior, que los versos que describen el pesar de los divinos caballos á la muerte de Patroclo, y el consuelo que les fué dado por el más grande de los dioses. — RUSKIN³.

¡ Cuánto debemos al caballo ! Para muchos es fuente de contento y de placer. En su juventud y belleza es el favorito de su dueño. Los hombres, las mujeres y los niños aman al caballo;

1. He was the soul of goodness.
 And all our praises of him are like streams
 Drawn from a spring, that still rise fur, and leave
 The part remaining greatest. — SHAKSPEARE.

2. He prayeth well, who loveth well,
 Both man, an' bird, and beast;
 He prayeth best, who loveth best,
 All things, both great and small;
 For the dear God who loveth us,
 He made and loveth all. — COLERIDGE.

3. The gentleness of chivalry, properly so called, depends on the recognition of the order and awe of lower and loftier animal life.... There is, perhaps, in all the Iliad, nothing more deep in significance — there is nothing in all literature more perfect in human tenderness and honour for the mystery of inferior life — than the verses that describe the sorrow of the divine horses at the death of Patroclus, and the comfort given them by the greatest of the gods.

RUSKIN.

su paso, su trote, ó su galope lo hacen grato á la vista. El caballo nos lleva durante mucho tiempo y con firmeza; arrastra nuestras cargas; alivia al hombre de una gran parte de su trabajo. Pero llega el momento en que es degradado y esclavizado.

El caballo de carro es azotado, y obligado á arrastrar pesos mayores de los que puede llevar; el caballo de coche es amordazado con frenos brutales hasta que arrastra su carga con tortura. El caballo de birlocho está expuesto á un trabajo constante y á veces con el peor tiempo. Trabaja hasta que ya casi no puede tenerse en pie. Sus patas se enferman á causa de arrastrar su carga sobre ásperas piedras, ó por estar parado en charcos de lodo. Si no cae y muere, es condenado al matadero, y allí concluye su vida de trabajo y de martirio.

En el sur de Francia concluye de diferente modo. Dice el *Courrier du Centre* que los especuladores de Burdeos tratan de hacer su fortuna con ese repelente objeto, la sanguijuela. Han hecho pantanos artificiales en las márgenes del Garona, y han llenado los pantanos de sanguijuelas. Á estos pantanos son enviados todos los caballos viejos é inválidos del departamento. Las sanguijuelas se les pegan instantáneamente por millares. Un testigo ocular describe en términos de horrible vivacidad el vano bregar de los animales, encajados por fuerza en el fango, sangrando por todos los poros, debatiéndose en loco terror para desprenderse de las sanguijuelas que penden de sus ojos, de sus labios, de sus hocicos, de todas las partes más sensibles, y por fin, exánimes por la pérdida de la sangre, chupados hasta que caen en la nociva greda, no volviéndoseles á ver más. De diez y ocho á veinte mil caballos son sacrificados anualmente en Burdeos.

Francia, lo mismo que Inglaterra, debe ser « el infierno de los caballos ». Pero volvamos á nuestro país. No todos son como el duque de Wéllington, que dejan que termine su vida en paz y abundancia el caballo que lo llevaba sobre sí en la última victoria. Los caballos son en su mayor parte torturados mientras viven y arrojados cuando se inutilizan. La señorita Braddon

hablaba de los « caballos lieuos de brío que tascan sus frenos en ese elocuente martirio con el cual se da maña la moda para hacerles la vida á un par de caballos de carruaje que valen trescientas guineas, mucho peor que la del burro de un frutero ». Una señora escribió últimamente en el *Truth*, describiendo las torturas que había visto sufrir á un par de caballos parados en Regent Street.

« Observé, decía, una victoria y un par de caballos parados á un lado de la calle. Las riendas de cabezada estaban atadas con tal tirantez, que á los pobres animales les era imposible cerrar sus bocas, y causaba tal pena ver su malestar, que me aproximé al cochero y le pedí, aunque en vano, que aflojara un poco las riendas. Todo lo que pude conseguir del individuo fué que me contestase: « Están acostumbrados á ello; la señora gusta que estén así. » El caballo de la derecha es el que parecía sufrir más. El pobre animal trataba inútilmente de conseguir un alivio; la mirada triste que había en sus ojos me ha de perseguir por mucho tiempo. »

El hombre que más ha hecho para disminuir el infortunio de los caballos de carruajes, es Eduardo Fordham Flower. Casi se le podría llamar *el misionero de los caballos*. Ha consagrado su tiempo, su dinero, y su trabajo, para suprimir la crueldad de las mordazas de las riendas de cabezada. Ha emprendido la tarea con su acostumbrada decisión. Ha escrito folletos, y ha hablado en *meetings* por todo el país. No había tono indeciso en su lenguaje. En un meeting público convocado por la baronesa Burdett Coutts, comparó á ese instrumento, la mordaza de las riendas de cabezada, con el cepo militar de los tiempos pasados; y sostuvo que aquellos que la usaban, aunque por regla general no lo eran los que tenían coches de alquiler, sino señoras y caballeros particulares, ¡debían ser llevados á la cárcel! El señor Flower tiene una habitación en su casa, llamada « La cámara de la tortura », en donde están colocados en filas los horribles frenos, como una protesta contra la crueldad de los hombres para con los animales. El señor Flower ha sido también un abogado firme y cabal de la abolición de la esclavitud.

itud de los hombres, lo mismo que de la de los caballos, como lo demostrará la siguiente narración, aunque tememos que no la podremos dar de la manera brillante en que refiere él la historia de su vida pasada.

El señor Flower nació en Hertford, en 1805. Era el menor de una familia de cinco hijos. Su padre, que era hombre de fortuna, compró la hacienda de Marden Hill, distante unas tres millas de Hertford. Allí fué á vivir la familia en 1808. El joven Eduardo tenía gran cariño por los animales. Á los cinco años de edad principió á montar á caballo. Tenía un caballito shetland llamado *Moisesito*. Cabalgaba diariamente á la oficina de Correos para llevar y traer las cartas. El caballo se hizo su mejor amigo. Eran como dos compañeros de juego que están juntos.

Á los seis años le dieron un caballo enano. Su tío, Eduardo King Fordham, le compró un lindo regalo, una silla de montar, riendas y un látigo. Había salido un día con su padre, y dió de latigazos á su caballo porque se había asustado de algo en el camino. Su padre lo vió y lo hizo volver. « Veamos, Eduardito, porqué castigaste á ese caballo? — Porque se espantó. — Bien, ¿no ves que había un agujero profundo al cual lo conducías? » Su padre le tomó el látigo y se lo puso colgando á la espalda. « ¿Te gusta esto? — No, contestó el niño, lo detesto. — Bueno pues, Eduardo, nunca azotes un caballo á no ser que sea absolutamente necesario. »

Poco tiempo después le aconteció un accidente. Fué un día á ver como trabajaba una nueva máquina de trillar. Puso sus dedos entre los dientes de la rueda. Los cogieron, y su brazo hubiera sido arrastrado adentro, á no ser por uno de los trabajadores que paró la máquina y le sacó el brazo. Asimismo, perdió la mitad de uno de sus dedos. Estuvo enfermo en cama durante algún tiempo. No podía leer, ni podía escribir. Aunque Hertford no estaba más que á tres millas de distancia, no iba á la escuela. Le desagradaba el estudio y su padre no quería obligarle á que fuese á la escuela.

Mientras estaban en Marden tenía su padre que ir con fre-

cuencia á Londres; y durante el camino, solía pedirle á su hijo que « bajase y desenganchara las riendas de cabezada. » Esto fué, dijo él mucho después, lo que le dió la idea de lo que influían los frenos y riendas de cabezada en el andar agradable de un caballo.

Las granjas de Marden Hill y West End consistentes como de dos mil acres, no respondían muy bien. El señor Flower no había sido afortunado al introducir merinos. No podían crecer ni progresar allí. Además, después de concluída la guerra con Francia estaba muy decaída la agricultura en Inglaterra. Jorge, el hijo mayor, había sido enviado á los Estados Unidos para estudiar la magnificencia del país. Escribió una carta á su padre, diciéndole que era el país más rico y próspero del mundo. « Venfós, decía, y no tendréis motivo alguno para arrepentiros de ello. »

El señor Flower vendió su propiedad en 1817, y se preparó para emigrar á los Estados Unidos con toda su familia. El joven Flower tenía entonces doce años. Su padre contrató dos buques en Liverpool para llevar lo que le pertenecía. Además de su familia llevó como unos cien hombres y mujeres, incluyendo trabajadores, herreros, un pastor y un cochero, como asimismo varios sirvientes domésticos. El cargamento incluía dos vacas, una docena de ovejas, algunos cerdos ingleses, seis pares de perros, y dos mastines escoceses. Los buques se hicieron á la vela, de Liverpool para América, en marzo de 1818.

Uno de los buques (el *Ana María*) fué á Nueva York y el otro á Filadelfia. En Nueva York bajó á tierra la familia para ver las maravillas de la gran ciudad occidental. Al ir el joven Flower y su padre por Broadway encontraron á Guillermo Cobbett, quien venía por la calle en mangas de camisa. Siendo el señor Flower un personaje político bien conocido en su país se reconocieron el uno y el otro, y tuvieron una conversación sobre el estado de los asuntos en Inglaterra y en América.

El *Ana María* dió la vuelta de Nueva York á Filadelfia para unirse á su buque hermano. Todos los trabajadores, los sirvientes, y el ganado, fueron desembarcados. Entonces era Fila-

delfia una bonita y aseada ciudad cuáquera, no muy poblada, ni muy distante del país deshabitado hacia el oeste. Á unas cincuenta millas de Filadelfia no habían sido construídos todavía los caminos. Los *filadelfos* aun no habían pedido prestado para hacer los caminos y canales el dinero que después negaron á sus acreedores. Poco después de haber desembarcado, principió el señor Flower á arreglar su convoy, con el propósito de dirigirse hacia el oeste, á una gran extensión de terreno, como de unos veinte mil acres, que su hijo había comprado en Wabash, Illinois. Alquiló tres carros grandes, cada uno tirado por seis caballos, y para los sirvientes otros tres carros grandes con un par de caballos cada uno.

Todo el convoy partió de Filadelfia en mayo de 1818. Como el tiempo era hermosísimo, debió ser encantador el viaje. El país estaba encasamente poblado. Se evitaron los bosques primitivos que aun no estaban aclarados, y la cabalgata de carros grandes siguió por sendas ya recorridas. Como en todo el camino no había posadas ni lugares de descanso, dormían por la noche los emigrantes dentro de los carros, vigilados por sus perros poderosos. De vez en cuando pasaban por un villorrio, el principio de algún pueblo ó ciudad futura. Guardaban su provisión de alimentos y pan comprado de los pobladores. Gettysburgo fué una de éstas. Aunque silencioso y pacífico entonces, fué después teatro de una de las más sangrientas batallas de los tiempos modernos. El convoy siguió hacia Chambersburgo, donde cruzó las montañas de Alleghany. La subida era muy escarpada, y los carros prosiguieron con muchas paradas para dar descanso á los caballos. Sólo podían hacer unas diez ó doce millas por día.

Después que fué vencida esta dificultad, siguieron hacia Pittsburgo, donde llegaron á la vista del río Ohio. En esa época no había vapores por el río; de consiguiente, tuvo el señor Flower que resolverse á hacer que flotara su cargamento aguas abajo en el Ohio, hasta el lugar de su destino. Hizo construir tres grandes arcas ó balsas en las que embarcó á los hombres, los carros, los caballos, ovejas, vacas, perros y todo lo demás. Las

balsas siguieron lentamente aguas abajo, pasando villorrios y pueblos á lo largo de las orillas, hasta que llegaron á Cincinnati, entonces pequeño pueblo, aunque ahora es una gran ciudad. Después de detenerse allí algún tiempo, siguieron su curso otra vez las balsas, á lo largo de la ribera sud de Indiana, hasta Louisville. Los Flower permanecieron algún tiempo en Lexington. En esa época vivía allí Enrique Clay. Hizo relación con él el señor Flower. Clay en su trato amable, se ofreció á hacerse cargo de las vacas y sus terneros, para alimentarlos mejor en tierra, hasta que el señor Flower pudiera mandar por ellas.

Entonces fué cuando los Flower principiaron á comprender lo que era la esclavitud. El río Ohio corría entre los Estados libres y los Estados esclavistas. De un lado estaba Kentucky y del otro Indiana é Illinois. Los esclavos cruzaban á menudo el río en busca de su libertad, y eran seguidos por los *kidnappers*¹, quienes los volvían á llevar á la esclavitud.

Una mañana oyó el señor Flower unos gritos agudos y penetrantes que salían del piso bajo de la casa. En el acto se levantó de la silla, bajó al sótano, se asomó por la puerta, y halló que el dueño de la casa estaba azotando á una negrilla. Abrió la puerta, se puso entre la muchacha y el dueño, y le dijo que se atreviera á dar otro azote. La muchacha se salvó por el momento. El dueño amenazó con los tribunales al señor Flower. Pero se abstuvo y su huésped no fué molestado.

El convoy volvió á emprender su camino para llegar á la propiedad en que debían establecerse los emigrantes. Estaba situada al oeste de Wabash, en el condado Edward, Illinois. En su marcha pasaron por la colonia Armonía, fundada por Jorge Rapp y sus partidarios alemanes. Consistía en un número de casas de madera, con una iglesia, una escuela, un molino para

1. Nombre dado en los Estados Unidos, á aquellos que se ocupaban en buscar mañosamente y llevar por la fuerza á los esclavos cimarrones que habían huido de sus amos, y se refugiaban en los Estados libres: pero que también cometían el crimen de robar del mismo modo á los negros libres para venderlos como esclavos.
(N. del T.)

moler grano y algunos talleres. El lugar fué comprado después por Roberto Owen y los Rappistas se trasladaron á Economía, cerca de Pittsburgo ¹.

El convoy subió al lado oriental del Wabash para llegar al embarcadero. El país no tenía entonces población ninguna. El hombre de la barca fué la única persona que vieron. Tuvieron que esperarle por algún tiempo, pero llegó al fin. Los negocios no urgían en esos parajes. Consiguieron atravesar el embarcadero. Se gastó mucho tiempo para pasar al otro lado todo el convoy de personas, animales y carros. Después de un descanso, hicieron camino hacia el norte atravesando las praderas. ¡Qué hermosas eran las praderas! Las formaban extensas llanuras ligeramente ondeadas, cubiertas de pasto y de preciosas flores silvestres. Una niebla plateada descansaba sobre ellas, y se extendía á inmensas distancias. Durante la noche salían las luciérnagas en número infinito y flotaban en la obscuridad. El pasto de las praderas eran tan alto que cubría á un hombre montado á caballo. El convoy siguió su camino dirigiéndose por el compás solamente, porque no había otro medio para guiarse, excepto las constelaciones del cielo. Ahí estaba el «Carro de Jorge» para guiarlos hacia el Norte.

Después de haber viajado como unas mil millas por cami-

1. Se ha dicho de los Rappistas, que la tendencia mística de los miembros en su separación religiosa, y su expectativa milenaria de un pronto advenimiento de Cristo, estaban en extraño contraste con su buen sentido práctico y hábitos de vida económicos. No son espiritualistas, como los *Templadores*. El padre Rapp les enseñó á ser cristianos prácticos, é inculcó sobre los « deberes de la humanidad, la sencillez en el vivir, la abnegación, el amor al prójimo, el trabajo, la oración, y el exámen de conciencia regular y perseverante ». Teniendo comunidad de bienes (por imitación de los primeros cristianos), como uno de sus artículos de fe, todos y cada uno estaban obligados á trabajar con sus propias manos. « Como cada uno trabajaba para todos, » dijo uno de ellos á Nordhoff, viajero alemán, « y como el interés de uno es el interés de todos, no hay motivo para que haya egoísmo, y no hay lugar á despilfarro. Hemos sido educados para ser económicos : el despilfarro es un pecado. Vivimos sencillamente, y cada uno tiene suficiente, todo lo que puede comer y usar, y ningún hombre puede hacer mas que eso. » Son afectos á las flores, á la música, á la pintura, y á la escultura. La casa del padre Rapp contenía un número de pinturas de gran valor, y tenían una biblioteca; sin embargo, al viajero le dijeron : « La Biblia es el libro que más se lee entre nosotros. »

nos, y senderos, y balsas, llegaban por fin á su *home* en el lejano oeste. Al oeste de ellos no había nada, fuera de las praderas y el desierto, con algunos indios, cazadores de venados, ciervos, liebres, etc., y pobladores ambulantes de vez en cuando. Se dirigieron á Piankishaw, antigua ranchería de indios, de donde acababan de partir los Shawnees. Era difícil encontrar un hogar en ese lejano distrito. Pero pusieron manos á la obra con todo corazón. Los trabajadores y los herreros aserraron los árboles más altos de un bosque vecino y con el esfuerzo de un trabajo diario, construyeron una choza de madera para la familia y los sirvientes, durmiendo en el interin la familia en los carros. Luego construyeron los hombres para sí algunas chozas de madera. Al fin se formó el establecimiento. Pero la muerte alcanza en todas partes. El joven Flower fué el primero que abrió una sepultura en el país. Debía contener el primer muerto: el hijo de su hermano mayor.

¿Pero cómo iban á hacer para obtener alimento para los vivos? La estación estaba demasiado adelantada para arar la tierra. Estaban en el mes de julio. Después de comerse las provisiones que tenían, principiaron á sentir el hambre. De vez en cuando se mataba un venado y esto bastaba por algún tiempo; pero había más de cien personas que alimentar, y eso no bastaba. Sólo casualmente se hacía con alegría la caza de algún venado. « ¿Qué se le dará al que mate un venado? »

Al último llegó á tal privación la colonia que tuvieron que buscar alimento en otra parte. Marchó el joven Flower con algunos hombres para Shawneytown por provisiones. Este lugar se hallaba muy distante. Dos días echaron para llegar allí, aunque sólo distaba sesenta millas. Dieron descanso á sus caballos durante la noche, mientras que en torno suyo oían el aullar de los lobos. Sus valientes perros los protegían. En Shawneytown fueron tan afortunados que consiguieron harina y algunos jamones, con los que regresaron en el acto á su casa. Los caballos tuvieron que pasar á nado el Little Wabash á la ida y á la vuelta. Hubo la mayor dificultad para pasar las provisiones sin mojarlas. Cuando las tuvieron intactas en tierra,

hicieron una gran fogata, secaron sus ropas, y se calentaron ellos y los caballos, acostándose para dormir. En la madrugada montaron á caballo y se fueron al galope con sus provisiones. Puede imaginarse el contento con que fueron recibidos.

Así siguió luchando la colonia. Después que la familia había vivido por algún tiempo en la choza de madera, se marcó el sitio para una casa y Park House fué construída. El joven Eduardo se fué á Lexington para llevar á su madre á la nueva casa. Allí había estado viviendo cuando la colonia estaba en sus mayores apuros; y ahora hallaba una familia feliz para reunirse en torno suyo. En el ínterin se habían formado nuevos establecimientos en el distrito. Ahí estaba Wárrington, con chozas de madera; y se había dado principio al pueblo de Albión, ahora capital del condado Edwards.

Cuando Eduardo tenía catorce años y medio, principió su padre á pensar en su educación. Un maestro de escuela se había establecido en una choza en Wárrington. « Vamos, Eduardito, le dijo su padre, has sido muy perspicaz y diestro, y tenemos que hacer algo por ti. Tienes que ir á casa del maestro de escuela y adquirir allí algunos conocimientos y educación. » La escuela estaba bastante lejos. Para cortar el camino cruzaba el discípulo por un terreno cenagoso cuando el tiempo estaba bueno. Era la querencia de los pavos silvestres. Por supuesto, el discípulo llevaba consigo su perro y su escopeta. En el camino para la escuela cazó un espléndido pavo, y se lo llevó al maestro de escuela. Encantado estaba el maestro de escuela con la idea de comer un pavo, y Eduardito llegó á ser un gran favorito.

Al día siguiente dijo que quería regalar un venado al maestro de escuela. Éste salió á cazar con él, y cazaban constantemente. Venados, y pavos, y toda clase de caza iban á la casa del maestro de escuela. Creía que nada había mejor que esto. Pero la educación de Eduardo iba muy mal. En verdad, aborrecía el estudio, y gustaba mucho más de la caza. Un día en su casa, fué examinado en la tabla de multiplicación. Principió á contestar: « Dos por dos son tres; dos por cuatro son cinco ;

dos por cinco, son ocho. — Basta, dijo su madre, todo eso es un disparate. Vuelve á casa del maestro de escuela. »

Pero el maestro de escuela volvió á salir como antes á cazar con él. Eduardito nunca se contrajo al estudio. Su padre lo examinó de aritmética otra vez. No estaba más adelantado. « Dos por dos, seis; dos por tres, ocho, » y así lo demás. Había estado seis meses en la escuela, y ese era el resultado. Al fin le sacó de allí su padre, y le puso á que cuidara el ganado de su casa. Y ésta fué la única instrucción que recibió en América.

Eduardo continuó cazando aún venados, que eran naturalmente, uno de los alimentos necesarios. Un día se fué á cazar á pie con varios amigos. Después de mucho andar, dió su perro con el rastro del venado. Cogió la pista y siguió adelante, pero de pronto se paró hasta que llegó su amo. Éste había dejado á sus amigos muy atrás. Después de una larga rastreada por los bosques, mostró la caza el perro, y él le pegó un balazo al venado. Ya era tarde, y estaba á veinte y cinco millas de su casa. Llamó á sus amigos, pero ninguno de ellos estaba al alcance de su voz. Estaban ya de regreso para la casa. No queriendo perder el venado, sentóse al pie de un árbol á su lado, y se quedó profundamente dormido. De pronto fué despertado por el aullido de los lobos. Habían olfateado la presa, y estaban en marcha para devorarla. Para echarlos descargó sobre ellos repetidamente su rifle; pero siempre los oía gruñir á su alrededor, aullando de tiempo en tiempo. La noche estaba obscura como boca de lobo. Al fin, cuando la luz del alba penetraba por entre las ramas del bosque, se levantó y emprendió el camino para su casa. Cuando llegó á ella, tenía un hambre espantosa, porque había estado treinta y seis horas sin tomar alimento ninguno.

Cuando los Flower fueron al Illinois, había por allí muchos osos; osos negros y osos pardos. « Una mañana, dice Mr. Flower, yendo á caballo por un campo de maíz, para cortar unos árboles de un bosque vecino, vi que se levantó un oso grande y gordo. Se dirigió por unos pantanos para escapar de nosotros. Me acompañaban cuatro hombres y mis perros. Tres